

Yo fui novio de la Lewinsky

(Monólogo)

Carlos Sáez Echevarría

PERSONAJES

WILLY

En medio del escenario sólo hay una silla y un foco superior de luz encima de ella. Entra WILLY, un joven de aspecto serio y formal.

WILLY.- Cuando le digo a la gente que yo fui novio de la Lewinsky, se maravillan y me hacen mil preguntas. La mayoría se creen que estoy loco y no les falta razón, porque desde entonces ando de psiquiatra en psiquiatra.

Algunas personas me invitan a sus casas y toda la familia me rodea, para preguntarme más y más cosas sobre cómo era la Lewinsky, que si era guapa, que si era decente, que si es verdad lo que dicen de ella las revistas.

Yo sé que hay mucho morbo en estas cuestiones y que tienen una curiosidad malsana. Por eso soy siempre muy discreto en mis manifestaciones y procuro ser objetivo y no sobrepasarme. Ante todo la objetividad, porque no quiero perjudicar a nadie, ni a Clinton ni a la Lewinsky.

Todo empezó cuando estudiaba derecho en la Universidad de Arkansas. Me hice amigo de un grupo de estudiantes entre los cuales estaba la Lewinsky. Tenía unos ojitos soñadores, muy inquietos, como si quisiera ver a través de ellos toda la profundidad del universo.

Estaba yo recostado en un banco del parque, cuando se me acercó, me miró fijamente a los ojos y me dijo: Me gustas.

Sólo dijo eso, pero se sentó a mi lado y me puso una carita tan tierna que no pude menos de acariciar. Yo pensé que era otra más de las muchas chicas universitarias que andan riéndose de los chicos de una forma descarada; pero no, ella lo dijo muy seriamente y no podía yo sospechar nada que sonase a burla o mala intención.

Lo primero que hice fue invitarla a cenar a mi apartamento. Ella aceptó encantada. Compré un ramo de flores para ponerlo en medio del pequeño salón, encendí unas velas, compré una cena precocinada con una botella de champán y la esperé durante dos horas con una impaciencia terrible.

Antes me había duchado tres veces seguidas y me había perfumado con todos los potingues que encontré en mi armario. Eché un ambientador por toda la casa en tan gran cantidad que yo creo que se podía oler desde el jardín. Efectivamente a las once de la noche llamó ella a la puerta.

Fue la noche más importante de mi vida. Guardaré para siempre su recuerdo como una de las cosas más maravillosas que me han sucedido. Sus besos eran apasionados, sus manos acariciaban mi cuerpo con intensidad y suavidad al mismo tiempo, no se cansaba nunca de besar y de decirme que era muy guapo y de llamarme «su nene».

Yo me sentí el rey del mundo. A las siete de la mañana se marchó precipitadamente, porque a las pocas horas iba a venir su familia a verla.

Después nos hicimos novios. La veía todas las tardes, la llamaba constantemente por teléfono, íbamos al cine o nos quedábamos en mi apartamento viendo la televisión. Hasta que un día dijo que tenía que ir a Washington, que había encontrado un puesto de becaria y se marchó para siempre de mi lado.

Me dijo que lo nuestro había terminado y que conservaba de mí el recuerdo de una buena amistad.

Sufrí mucho, cuando sentí su ausencia y no paré hasta volverla a encontrar en Washington, al finalizar mi carrera. Bueno..., les tengo que decir que hice dos carreras en una: me hice abogado economista e ingeniero aeronáutico al mismo tiempo, estudiando como un loco.

Ustedes han de saber que yo soy muy constante en mis resoluciones y que no paro hasta obtener lo que deseo. Como ella estaba trabajando de becaria en la Casa Blanca, yo conseguí un puesto de asesor en el bufete jurídico del Presidente.

El caso era verla de vez en cuando, cuando pasaba por los pasillos, cuando entraba al trabajo, cuando salía a comer al restaurante, cuando hablaba con las amigas, cuando hacía compras por la ciudad, cuando acudía a la biblioteca y cuando iba al cine.

Allí me encontraba yo, siempre, en una butaca contigua a la suya. Al principio no se dio cuenta de mis estratagemas, pero luego empezó a sospechar y me puso mala cara. Me volvió a repetir que lo nuestro había terminado y que, como siguiera actuando de esa forma, iba a tener que llamar a la policía.

Sufrí mucho, cuando me hizo todos esos reproches, porque yo seguía terriblemente enamorado de ella. Yo creo que mi amor había aumentado todavía más. Respiraba amor por todos los poros de mi cuerpo. ¡Sus labios, su boca...! ¡Qué suavidad, qué dulzura! No hacía más que recordarlo a cada instante. Creí volverme loco y acudí al psiquiatra. El psiquiatra me dijo que sufría una gran depresión amorosa y que sólo podía salir del túnel con el amor y las dedicaciones de la persona amada, así que estudié la manera de que la Lewinsky me volviera a amar.

¡No podía consentir que fuera de ningún otro! Tenía que ser mía, si no, tendría que matarla. Fingí una indiferencia total con ella y para ver si le despertaba los celos, fingí también que me interesaban otras mujeres, pero ella no me hacía caso. Lo nuestro para ella había terminado. Creí volverme enteramente loco. No podía soportar la vida sin ella a mi lado, sin sus caricias, sin oír su voz, sobre todo cuando me llamaba «su nene» y me besaba con aquella boca tan cálida y aquellos ojos tan soñadores.

Acudí a otro psiquiatra y me contestó que lo mío podía acabar muy mal, si no lograba dominar mis inclinaciones amorosas. ¡Qué podía hacer yo, si no tenía fuerzas para dejar de amarla!

Por aquel entonces Clinton había empezado a fijarse en ella. Su coquetería le llamaba la atención y ella lo comentaba conmigo, sin darse cuenta de que me hacía sufrir con sus comentarios tan crueles. Yo procuraba sonsacarle todo lo que podía.

Cuando me dijo que su relación con Clinton era ya cosa hecha, me enfurecí, creí volverme loco y la abofeteé, delante de los demás compañeros. Ellos pensaron que mi enfado era político, porque temía que el prestigio del hombre de estado más importante del mundo podría menoscabarse por esa actitud.

¡Se confundían! Todavía recuerdo la escena, como si la estuviera viviendo por primera vez. Estábamos sentados en una cafetería dos secretarias de relaciones exteriores, otro abogado economista, la Lewinsky y yo a su lado.

La Lewinsky comentó la escena que todo el mundo conoce del desmadre que tuvo en el presidente. Estaba excitada, cuando lo comentaba, pero en el fondo yo creo que pensaba en una relación futura que pudiese llegar a feliz término algún día.

No pude escuchar más, me levanté enfurecido, tiré al suelo el mantel y con él todas las tazas de café, di varias vueltas a la mesa como un poseso, llegué a su lado y le di un bofetón, sin pronunciar una sola palabra. No dije nada, para que no sospechasen que eran los celos los que me habían puesto frenético.

Ella me miró sorprendida, sospechando la verdad. Las dos secretarias y el amigo mío me reprocharon mi brutalidad y me llamaron loco. Me dijeron que me iban a tener que encerrar como a los esquizofrénicos. Ella me miró enfurecida, pensó que mis celos me habían traicionado y me dijo, chillando, que no le volviera a dirigir la palabra.

Me lo pasé fatal durante una temporada y acudí a varios psiquiatras, sin conseguir el alivio de mis penas. Me dijeron que la locura se había apoderado de mi cerebro y me recomendaron que me internase cuanto antes. Entonces fue cuando pensé en matarla.

Decidí solucionar el problema a mi manera y explicárselo todo a la mujer del Presidente. Un día apareció ella en mi oficina, preguntando por su marido. No sé por qué le respondí con rabia que estaba con la Lewinsky. Ella se fijó en mí detenidamente y me dijo que la siguiera.

Me llevó a su oficina privada y me hizo toda una serie de preguntas sobre la becaria. Comprendí que tenía unos celos terribles. Quise ayudarla y le conté toda la historia de mi enamoramiento con todo género de detalles. Me hizo prometerle que no se lo contara a nadie y yo se lo juré solemnemente.

He roto con ustedes ese juramento, porque las circunstancias han cambiado. A mí me persigue la policía de varios países por todas partes, sobre todo cuando se enteraron que quise matarla. Antes de que me cierren la boca para siempre, quiero que ustedes sepan toda la verdad.

Por entonces mi preocupación era la de desengañar a Clinton del camino emprendido con la Lewinsky. Quería convencerle de que la Lewinsky sólo me podía querer a mí, ya que mi amor era tan grande que no podía ser correspondido de otra forma más que con amor. Debía convencerle de que estaba confundida. Si ella era un error de la naturaleza, entonces debía matarla.

¿Cómo? El revólver es una manera muy americana de matar, pero resulta muy frío y poco romántico. Debía buscar algo más apasionado: tenía que ser un cuchillo de hoja fina, de esos que penetran hasta el corazón.

(Saca de la chaqueta un cuchillo largo de hoja fina y lo enseña al público.) ¡Este es el cuchillo que escogí para matarla! No encontré ningún obstáculo en mi camino. Fui a las oficinas generales y, por una de esas casualidades de la vida, de allí pasé sin ningún género de dificultades a las dependencias del Presidente más importante del mundo.

Debería haber pasado por mil controles, pero a esas horas ningún control estaba operativo: o los ordenadores no funcionaban correctamente o era el momento del cambio de vigilantes o del cobro de las nóminas.

Entré por la primera puerta que se me ocurrió, absorbo en mis ideas, y me encontré en el despacho del Presidente. Allí tenía delante de mí a la persona que podía desencadenar una guerra termonuclear en todo el mundo y mi misión era encaminarle por el buen camino del amor.

Me miró sorprendido y me preguntó qué quería. Yo le dije muy seriamente.

-Vengo a hablarle de la Lewinsky.

Debió creer que yo era un espía del servicio secreto. Palideció, se levantó y me invitó a sentarme a su lado. Luego me pidió que le contase todo lo que sabía de la Lewinsky.

Yo le dije que la Lewinsky no le quería, que lo natural era que me quisiera a mí, porque no se podía querer a una persona y andar contando a todo el mundo lo que hacía con esa persona. Sin embargo la relación que tuvo conmigo la mantenía siempre en secreto y no se lo contaba a nadie, porque en el fondo me prefería a mí.

Estaba yo tan excitado, cuando le contaba todo esto que el Presidente me miró con una mezcla de ira y temor. Se enfureció porque yo le quería quitar el amor de la becaria.

Se levantó de repente y abrió una puerta del despacho. Allí estaba la Lewinsky, mirándome fijamente, extrañada de verme, con su típica sonrisa de desprecio hacia mi persona y no me pude contener. Se apoderó de mi mente el instinto ciego de la venganza y saqué el puñal que llevaba escondido en el bolsillo interior de la chaqueta. **(Hace gestos de perturbado mental, accionando el cuchillo, como si estuviera matando a la Lewinsky, mientras corre por todas partes.)**

Ella, al ver mis intenciones, empezó a correr por el despacho, alrededor de la mesa, tirando las sillas delante de mí y escudándose detrás del Presidente. **(Sigue accionando espectacularmente con el cuchillo.)**

En un momento de descuido, cuando estaba delante del Presidente horrorizado y atemorizado, la apuñalé cinco veces en el pecho, una, dos, tres, cuatro y cinco.

Cinco veces hundí mi puñal en su tierno corazón y al final mi cerebro no aguantó una tensión tan horrible y perdí el conocimiento, como me suele suceder con frecuencia. Desperté en el hospital de Bilbao, atado de pies y manos con una camisa de fuerza.

Me dijeron que había intentado apuñalar cinco veces a una gatita muy linda que bebía leche tranquilamente a la salida del pabellón de esquizofrénicos. Dicen que estoy completamente loco, pero no les hagan caso ustedes. Dicen eso para quitar importancia a mi romance con la Lewinsky. Serían capaces de cualquier ignominia, con tal de negarlo.

Aunque me aten y encierren, yo me escapo constantemente. Les engaño, fingiendo arrepentimiento y los muy tontos se lo creen todo. Suelen enviar policías para averiguar dónde estoy y cogirme por sorpresa.

(Amenazando con el puñal rastrea en el escenario, baja al patio de butacas, buscando a algún policía, haciendo gestos de loco.) Entre ustedes seguramente habrá unos cuantos para informar a Clinton de mis movimientos; pero yo me camuflé constantemente y siempre llevo este puñal escondido, para vengarme de esa gatita preciosa que no quiso nunca corresponder al amor que tuve por ella.

(Sube otra vez al escenario.) Si mañana leen ustedes en los periódicos que me han detenido, no se lo crean. Mienten constantemente, para que no se sepa la verdadera historia de mi amor por la Lewinsky.

Ustedes saben la verdadera historia, cuéntenla por ahí a todo el mundo...

¡Ya están ahí otra vez los policías! ¡No me cogerán tan fácilmente...! ¡Cuenten la verdadera historia por todo el mundo!

(Vuelve a esconder el cuchillo en la chaqueta, fijándose detenidamente en las personas que están en el patio de butacas y tropezándose con la silla del escenario, cae espectacularmente por el escenario. Se levanta atemorizado y sale huyendo de alguien entre bastidores. Se apaga la luz del escenario.)

FIN